

María Rosa Oliver (1898-1977), de la historia a la autobiografía

María Rosa Oliver (1898-1977), from history to autobiography

Marina Becerra

Universidad Nacional de Tres de Febrero / CONICET, Argentina.
marinabecerra@yahoo.com.ar

Recibido el 20 de marzo de 2014.

Aceptado el 2 de octubre de 2014.

BIBLID [1134-6396(2015)22:1; 31-47]

RESUMEN

Aquí indago en algunos problemas teóricos que se han vinculado a la escritura autobiográfica, a partir del análisis de la autobiografía de la escritora argentina María Rosa Oliver (1898-1977). La autora va hilando (sic) determinada identidad —feminista, antifascista— en el proceso mismo de la escritura de sus recuerdos. En especial, analizo los relatos acerca de sus luchas contra los fascismos (español y alemán), en su intersección con sus luchas contra la subordinación femenina, como los modos específicos de una impugnación más general en contra de la ideología hegemónica que naturaliza la desigualdad (de clase y género). Sin embargo, esta resistencia también encuentra sus límites, vinculados con la propia escritura autobiográfica.

Palabras clave: Autobiografía. Historia. Género. Antifascismo.

ABSTRACT

In this paper I consider certain theoretical problems that are linked to autobiographical writing based on the analysis of the autobiography of the Argentinean writer María Rosa Oliver (1898-1977). The author weaves a very specific identity for herself —as a feminist and an anti-fascist— through the very process of writing her memoirs. In particular, I analyze the way her stories about her struggle against both Spanish and German fascism intersect with those about her struggle against female subordination, these being the specific modes she used to enact a broader challenge against the hegemonic ideology that naturalizes both class and gender inequality. However, there are also limits to this resistance, which are connected to autobiographical writing itself.

Key words: Autobiography. History. Gender. Anti-fascism.

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—Sentido, narración e historia. 3.—Intersecciones: género y clase. 4.—A modo de síntesis. 5.—Referencias bibliográficas.

1.—Introducción

En determinadas épocas históricas, los relatos autobiográficos de las mujeres se podrían interpretar como un gesto de resistencia frente al hecho de ser narradas por otros. Tal es el caso del relato autobiográfico de algunas mujeres de inicios y mediados del siglo XX. María Rosa Oliver (1898-1977)¹ no es una excepción a esta posible interpretación, aunque el hecho de pertenecer a la aristocracia porteña, le dio sin lugar a dudas mayor autonomía para desplegar ciertas “libertades” que otras mujeres de clases más bajas no podían incluir en sus horizontes de vida (escribir, publicar, viajar). En este sentido, la intersección² de género y clase es aquí un punto de partida nodal para analizar las estrategias de resistencia y/o reproducción de las mujeres durante el siglo XX.

Entre éstas, en este artículo me detendré en las luchas antifascistas desplegadas por la escritora Oliver, tanto durante la guerra civil española, como durante la segunda guerra mundial, a partir del análisis de su autobiografía. Estas luchas no se pueden escindir de sus formas de resistencia al orden social hegemónico y de sus denuncias contra la discriminación de todo tipo. Veremos que durante su estadía en Estados Unidos entre 1942 y 1944 como consejera cultural de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos en Washington bajo la administración de Franklin Roosevelt, observa con agudeza la especificidad de la subordinación de las mujeres, a partir de las intersecciones del género con otros sistemas de discriminación como el racismo, la clase, el nacionalismo y el imperialismo.

Pero además, el mismo hecho de escribir sus memorias da cuenta de una audacia poco frecuente para su clase y género, buscando ir más allá de

1. La escritora argentina María Rosa Oliver nació en el seno de una de las familias aristocráticas del siglo XIX. De la misma generación y posición socio económica que su amiga Victoria Ocampo, emprendieron juntas la creación y puesta en marcha de la revista *Sur* (Oliver fue miembro de su consejo editorial), y la fundación de la Unión Argentina de Mujeres. Durante los años 30⁷ Oliver se afilió al Partido Comunista, y más tarde estuvo vinculada a la corriente católica tercermundista; en 1958 obtuvo el premio Lenin de la Paz; luchó por los derechos humanos, y en especial, por los derechos de las mujeres. Precisamente por pertenecer a una clase social privilegiada, desde pequeña aprendió varios idiomas, afirmando sus aprendizajes en los extensos viajes a Europa que había realizado en su niñez y adolescencia con su familia —hizo traducciones del inglés, del portugués, del francés y del alemán al español—. Ya en su vida adulta viajó a China y a la URSS, y compartió sus actividades político culturales con sus amigas/os Luis Saslavsky, Gabriela Mistral, Waldo Frank, Federico García Lorca, Eduardo Mallea, Alfonso Reyes, Pablo Neruda, Vinicius de Moraes, y el Che Guevara, entre otras/os.

2. Utilizo el concepto de interseccionalidad en el sentido de la *convergencia* entre diferentes tipos de discriminación, cuyo impacto específico se traduce en términos de accesos diferenciados a derechos y oportunidades (Symington, 2004).

los cánones esperables para una mujer “respetable”, perteneciente a la clase alta. En efecto, la construcción de sí misma que hace Oliver a través de su autobiografía, exalta este rasgo que la distingue de los códigos de su clase.

En este sentido, Oliver relata que durante los años 30’ participó en la conformación de la Unión Argentina de Mujeres, junto a comunistas y socialistas y acompañada también por “la primera con título de médica en nuestro país, y veterana en la lucha por los derechos femeninos: Elvira Rawson de Dellepiane” (Oliver, 1969: 349), por su amiga Victoria Ocampo —elegida presidenta—, y por la filántropa Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero —vicepresidenta—, entre otras. Relata entonces que el objetivo central era luchar en contra del proyecto de modificación de la ley de derechos femeninos (aprobada en el año 1926³), que estaba en debate durante 1936. El proyecto de reforma del Código Civil se enmarcaba entre las políticas regresivas del gobierno de Agustín P. Justo, y consistía en el agregado de una cláusula mediante la cual la mujer casada no podría aceptar ningún trabajo ni ejercer profesión alguna sin previa autorización legal del marido. (Oliver, 1969: 348). Oliver cuenta entonces que Victoria Ocampo había ido a ver al presidente de la Corte Suprema, para plantearle “lo absurdo” que era el proyecto de reforma del Código Civil, y éste le respondió: “¿Para qué se preocupa por esto, señora, si usted no necesita trabajar?” (Oliver, 1969: 354). Y luego plantea que “para las mujeres de nuestro medio social (somos) ‘unas locas que se meten en lo que no deben cuando podrían pasarlo regio’” (1969: 354).

Oliver no se jacta de pertenecer a la clase más alta de la sociedad, sino de distinguirse *ad hoc* de ella. En este intento insiste en su autobiografía. Uno de los puntos ilustrativos de esta distancia prudente que toma Oliver respecto de sus códigos de clase es la búsqueda de una respetabilidad —modificando parcialmente el sentido que le ha dado Hobsbawm (1977: 246) a este concepto—. Hobsbawm llama “*respectability*” a una búsqueda característica de las clases subordinadas en la Inglaterra del siglo XIX, fundada en el rechazo del gozo inmediato, en un trabajo duro de autoeducación en el presente con vistas al futuro. Pero también, nos dice el historiador inglés, es una característica

3. En 1918 el senador socialista Enrique del Valle Iberlucea presentó en el Congreso de la Nación su proyecto de emancipación civil de la mujer, con un fuerte apoyo de las feministas socialistas. Este proyecto luego sirvió de base a la futura Ley n.º 11.357, aprobada en 1926. Esta “Ley de ampliación de la capacidad civil de la mujer” ampliaba, como su nombre lo indica, los derechos civiles de las mujeres solteras, divorciadas o viudas, reconociendo la igualdad de derechos civiles con los hombres. Si bien esta ley eliminaba restricciones del código civil para las mujeres casadas, aún no se les reconocía la plena igualdad civil, puesto que no las habilitaba para disponer a título gratuito de bienes propios, ni a ejercer la patria potestad de sus hijos menores —que le correspondía al marido— ni a aceptar herencias sin beneficio de inventario, ni a dejar de habitar con el marido sino en caso de riesgo para su vida, ni a donar bienes o repudiar herencia sin autorización del marido, entre otros derechos. (Becerra, 2009).

de las costumbres burguesas. Oliver parece responder a esta búsqueda, aún perteneciendo a la aristocracia porteña.

2.—*Sentido, narración e historia*

La autobiografía de Oliver consta de tres tomos, escritos entre 1960 y 1977 y publicados respectivamente en 1965 (*Mundo, mi casa*), 1969 (*La vida cotidiana*) y 1981 (*Mi fe es el hombre*, escrito en 1977). Desde el presente, Oliver junta sus fragmentos, revisa y sobre todo relativiza un pasado que los acontecimientos posteriores impulsados por la política exterior de Estados Unidos revelaron injustificable desde la tradición marxista en la que ella se inscribe desde la década del 30'. En el primer tomo de su autobiografía Oliver recuerda —construye— su infancia, su primer viaje a Europa junto a su familia desde 1909 hasta 1911, las desventuras de su enfermedad —poliomielitis, contraída a los 10 años, y que le impediría caminar durante el resto de su vida—, sus primeras identificaciones literarias, los silencios sobre la sexualidad en su pubertad —tema tabú incluso en su familia—, su primer registro de la discriminación de clase, de género y de razas, su deslumbramiento frente al desfile de las sufragistas en Londres. En el segundo tomo, referido a su adolescencia y hasta los años 30', Oliver refiere sus encuentros y desencuentros con diversas/os intelectuales de la época, el inicio de la revista *Sur* junto a su amiga Victoria Ocampo, y la formación del grupo que daría origen a la Unión Argentina de Mujeres, entre otros temas. El tercer tomo se refiere a las posiciones de Oliver desde los años 30 en adelante, con especial énfasis en sus luchas contra el fascismo español durante la guerra civil española, y luego contra el nazismo durante la segunda guerra mundial, así como el surgimiento —impulsado por la propia Oliver— de la Junta de la Victoria, temas que se abordan aquí.

La escritora Oliver parte del supuesto de que efectivamente existiría un hilo de coherencia —sus principios— que recorrería su vida: la lucha contra los fascismos, contra la discriminación, contra las desigualdades sociales, étnicas, de género. Así empieza el tercer tomo:

De estas dos guerras [guerra civil española y 2da guerra mundial], la que más gravitó en mí fue la de España, porque en ella se jugaban con mayor evidencia y de manera más directa las convicciones que me identificaban ante mí misma. No sé cuándo empecé a tenerlas, si es que alguna vez no las tuve. Recuerdo, en cambio, los trechos de mi prolongada postadolescencia en que, para estar a tono con mi ambiente social y gozar de sus halagos, traté de relegarlas muy al fondo de mi conciencia. Latentes ahí, bastaba cualquier estímulo exterior para que afloraran a la superficie con tal fuerza que las sentía como los verdaderos, quizás únicos, resortes de mi vida. (Oliver, 2008: 57)

Se podría plantear que en Oliver la escritura de la autobiografía viene a dar un sentido a algo que no lo tiene previamente, como ha señalado Paul De Man (1991) utilizando la figura retórica de la prosopopeya. Y frente a ese vacío de sentido, nos dice Althusser, se ponen en acción ciertos rituales: “...practicamos todo el tiempo los rituales del reconocimiento ideológico que nos garantizan la identidad, que somos sujetos individuales, inconfundibles, irremplazables, etc” (Althusser, 1988: 54). En este sentido, se podría pensar también a la autobiografía como ritual de (auto)reconocimiento ideológico. O, en términos más actuales, se puede interpretar como uno de los rituales que nos garantizan determinada identidad —estable, única—, siguiendo la conceptualización de Judith Butler —lectora de Althusser—.

Por otra parte, la autobiografía de Oliver tiene un sesgo testimonial, y es por ello una forma de explicar(se) en el presente de la escritura, un pasado que, a la luz de los acontecimientos posteriores, aparece cuestionado desde el horizonte ideológico en el que ella se inscribe, al cual David Viñas ha caracterizado críticamente como “la izquierda bienpensante” (Viñas, 1998: 263). Con esta síntesis Viñas alude a los gestos políticamente correctos con que Oliver (se) explica, escenifica y justifica en el tercer tomo de su autobiografía, su desempeño como asesora cultural en Washington, entre 1942 y 1944, en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos —creada en agosto de 1940—, bajo el gobierno de Franklin Delano Roosevelt, y en relación directa con el vicepresidente Henry Wallace, en el marco de las políticas de “buena vecindad” implementadas por Estados Unidos para consolidar un arco panamericano de países aliados en la lucha contra el fascismo.

En efecto, según Sylvia Molloy (2001) el testimonio tendría dos funciones básicas: la búsqueda de (auto) legitimación ideológica —claramente visible en este caso— y una búsqueda de orden afectivo, que también está presente en el caso aquí analizado, pues la argamasa de la escritura trabaja, muchas veces, explorando en ambas direcciones simultáneamente.

La investigadora Margarita Pierini (2004) ha sostenido que en su primer tomo, referido a su infancia, Oliver combina el discurso propio del relato de viajes, caracterizado por la inmediatez entre vivencia y escritura, con el de la autobiografía, que se caracteriza, según Adolfo Prieto (2003) por dotar de un sentido a las vivencias pasadas. Contrariamente, sobre el tercer tomo, donde Oliver refiere sus compromisos políticos frente al avance de los fascismos (durante la guerra civil española y la segunda guerra mundial), se ha sostenido que la escritora no intenta simular inmediatez entre la instancia de la escritura y las vivencias. Por el contrario, en este caso se pondría en juego una distancia doble (Bertúa, 2011: 7): una distancia temporal —ya que Oliver escribe el tercer tomo en 1977 y allí recuerda sus actividades políticas y culturales durante las décadas del 30 y 40— y una distancia subjetiva, dada por las formas (comentarios, agregados) que asume el relato que se va ar-

mando. En este sentido, y siguiendo a Barthes en su crítica al sujeto “pleno”, y “pensante” de la filosofía idealista, se puede pensar que de algún modo, en la autobiografía de Oliver hay un intento casi explícito de suturar esta falta, de explicar(se) a través de la producción de una identidad que, como se ha señalado más arriba, no existe previamente. En efecto, si el sentido de narrar la propia historia proviene de la intención de dotar de una voz a algo que previamente no la tiene (Catelli, 2007: 226), el análisis aquí propuesto resulta provechoso para explorar las difíciles relaciones construidas por las mujeres de principios del siglo XX —excluidas de la esfera pública— entre la escritura y la vida. En este punto es preciso aclarar que no voy a explicar el texto —la autobiografía de Oliver— a través de referencias no mediadas a la vida de su autora —tarea imposible, por otra parte— sino que, siguiendo a Barthes (1994) y a Molloy (2006), propongo leer la vida de Oliver como un texto más, es decir, como una narración social cuyos actos son observados e interpretados por una comunidad de lectores.

3.—*Intersecciones: género y clase*

La autorrepresentación femenina tiene una especificidad propia, es decir, la imagen que se forja una sociedad (y las mujeres mismas en tanto miembros de esa sociedad) de la mujer como escritora, como figura pública (Molloy, 2006: 69). En las primeras décadas del siglo XX el acceso de las mujeres al espacio público estaba reservado en el mejor de los casos a sus actividades en el magisterio —una continuación por otros medios de sus funciones maternas—. La otra actividad aceptada socialmente era la de poetisa: si contaban con alguna formación, las mujeres podían dedicarse a escribir poesías, pero siempre en tono sentimental. En este marco, desnaturalizando su historia al narrarla, la autobiografía de Oliver permite también pensar las estrategias posibles de las mujeres, confinadas por ley al espacio doméstico, de proyectar sus voces en el espacio público. En este sentido, la adscripción de género, en su intersección con las de clase y nacionalidad, inciden de diversos modos en los posicionamientos específicos frente al discurso hegemónico que circunscribe el rol de las mujeres a la casa y la reproducción.

Pero Oliver, que, como su amiga Victoria Ocampo, pertenecía a una de las familias aristocráticas de la sociedad porteña de fines del siglo XIX, se hace cargo de muchas de las contradicciones de la autorrepresentación marcadas por el género (femenino). Incluso se interroga con franqueza sobre su lugar en una sociedad excluyente en términos de género y de clase, como mujer de una clase privilegiada, que se asume como feminista y marxista. En referencia a los actos públicos de octubre de 1945, escribe:

La ceguera y tilinguería del sector que primero Sarmiento, después Irigoyen y ahora Perón llamaron oligarquía se me hace más patente al estar junto a muchos de sus integrantes por un motivo serio que cuando alternaba con ellos por la sencilla razón de que había nacido y me había criado en ese ambiente. Aproveché luego este privilegio para luchar contra los privilegios. (Oliver, 2008: 405).

Veremos entonces que hay un cuestionamiento acerca de la figuración tradicional de la mujer de su época, y Oliver, escritora de su propia historia, se esfuerza en mostrar este deslizamiento. En ese empeño Oliver escenifica repetidas veces, y en los tres tomos, sus profundas diferencias con otras mujeres de su clase, empezando por diferenciarse de su propia madre. En el tercer tomo de su autobiografía relata el compromiso político de escritores y artistas (fundamentalmente varones, con algunas excepciones, como el de ella misma) durante la guerra civil española, en un contexto de imbricación creciente entre estética y política. Allí cuenta que, junto a Pablo Neruda que había sido encargado por el Gobierno Republicano en el Exilio, de distribuir a los futuros refugiados, y con otros intelectuales, formaron una comisión especial de actividad pública, a sugerencia del propio Neruda, para lograr la admisión de los refugiados republicanos que venían de España, y cuyo ingreso estaba restringido en la Argentina, hasta que el diario *Crítica*, dirigido por Natalio Botana, emprendió una campaña de admisión masiva que dio mayores resultados que los obtenidos por la comisión —que sólo lograba las visas para casos individuales—. Oliver relata entonces las consecuencias de su claro compromiso político de lucha contra el fascismo español:

También dos conocidas mías —con bastantes letras— creyeron necesario preocuparse por mi alma a la que, según ellas, mi definición política ponía en peligro y me lo hicieron saber por escrito [...] pensé que es muy propio de beatas autosatisfechas tratar de reintegrar ovejas descarriadas al ovil. Esta explicación me habría bastado de no haberme acostumbrado a leer entre líneas: en el fondo, lo que me reprochaban era mi falta de solidaridad de clase. (Oliver, 2008: 61).

Esta lectura que realiza Oliver se puede inscribir en un momento de hegemonía del modelo ilustrado, en el cual incluso las experiencias de educación alternativas de inicios del siglo XX, especialmente las socialistas y anarquistas (Barrancos, 1996; Becerra, 2009), fortalecían la respetabilidad de lo letrado en la cultura argentina de la época. Esta apuesta por la cultura letrada, esta respetabilidad dada por las letras, atraviesa toda la autobiografía de Oliver, aún cuando manifiesta una crítica explícita frente a los rasgos de pertenencia de su clase: “En mi casa —entonces empecé a advertirlo y con satisfacción— lo que más habían tenido en cuenta, particularmente mi abuelo y mi padre,

era el nivel cultural [...]” (Oliver, 1969: 331). Oliver inscribe su genealogía familiar en la aristocracia del siglo XIX, pero expresa continuamente una distancia crítica ante la “naturalidad” con la que los miembros de su clase asumen sus privilegios. Así Oliver relata la coherencia que tuvo desde pequeña defendiendo principios de justicia social, porque sentía que había profundas contradicciones con su propio lugar perteneciente a la alta sociedad: “Hasta entonces la molesta sospecha de que, de alguna manera —vaga, imprecisable, para mí—, la miseria de unos era consecuencia de la riqueza de otros, había pasado fugaz por mi mente”. (Oliver, 1969: 99).

Molloy ha señalado que tanto Oliver como Neruda explicitan su temprana conciencia de las injusticias sociales y su necesidad de luchar contra ellas. Plantea entonces que la “verdad” o “falsedad” de sus relatos carecen de importancia. Y que lo más significativo es, en cambio, “cómo establecen un patrón ideológico que determina la imagen que estos escritores tienen de sí mismos” (Molloy, 2001: 147). La “coherencia ideológica” aparece en innumerables pasajes de la autobiografía de Oliver, en los cuales manifiesta su incisiva mirada crítica. Así, relata que durante la guerra civil española las grandes potencias

...excepto la URSS que, hasta cierto grado, ayudaba a la República, y Alemania e Italia que apoyaban a los rebeldes y ensayaban con toda saña en el cielo ibérico su capacidad militar, las llamadas democracias ‘dejaban hacer’ atrincheradas en la hipocresía de la “no intervención”. (Oliver, 2008: 74).

Asimismo, son particularmente llamativos los relatos de Oliver sobre los intentos de conciliación entre ideologías y/o espacios que en principio podrían resultar contradictorios. Oliver formó parte del Consejo de Redacción de la revista *Sur* desde su fundación hasta 1958, momento en el que obtuvo el premio Lenin de la Paz: su lugar como comunista y feminista dentro del espacio liberal de *Sur*, es una de las posiciones particulares que adopta Oliver como mediadora cultural. Asimismo, se ha señalado que

...su participación en organizaciones feministas y su identificación con el humanismo marxista soviético escasamente sensible a las cuestiones de género dan cuenta de una ubicación doble y de la necesidad de mantener el equilibrio, que conseguirá sin renunciar a su origen ni a sus ideas políticas. (Fernández Bravo, 2008: 18).

En efecto, Oliver relata la facilidad con la que establecía lazos con miembros de su clase, a la vez que enuncia su profunda sensibilidad ante cualquier tipo de discriminación (racial, de clase, de género). En este sentido, relata que ella misma era punto de articulación en el encuentro entre diversos artistas e intelectuales de la época, en un contexto de polarización ideológica muy significativa. “Para exponerles el problema [de los españoles republicanos

exiliados] a un grupo de argentinos [...] nos citamos en mi casa” (Oliver, 2008: 77), escribe, representándose a sí misma como promotora, mediadora y articuladora de diversas culturas, clases e ideologías —bajo el paraguas antifascista que unificaba las voces más diversas durante los años 30—, precisamente por sus vínculos con la élite intelectual local y la multiplicación de las redes culturales que ella misma promovió con intelectuales y artistas de diversas partes del mundo. Así se titula, efectivamente, el primer tomo de su autobiografía, *Mundo, mi casa*.

Es decir que Oliver nos ofrece una interpretación comprensiva de los hechos de su vida, basados en una genealogía familiar que remite con la mirada crítica del presente de la escritura, a la historia de la nación. En esta dirección, Nora Catelli ha señalado que “a cada instante y gesto de la infancia pretérita se le exige, en el relato, un posterior correctivo histórico y político.” (2007: 190).

Así, relata que desde chica dudaba de la veracidad de los relatos sobre sus antecesores, a quien su abuela nombraba como “tía Remeditos” y “el Tío Pepe” (San Martín). Nuevamente, la escritora se muestra coherente consigo misma, con su forma adulta y crítica de interpretar la historia del país y su historia singular. Por otra parte, Molloy ha señalado que, a diferencia de Victoria Ocampo, en la autobiografía de Oliver no hay fusión entre historia nacional y crónica familiar. Y si bien en el título de su primer tomo (*Mundo, mi casa*) aparece la metáfora de la casa, ésta va más allá y no se refiere a la familia, al país o a la élite a la cual pertenecía, sino al mundo (Molloy, 2001: 216). Inscribe así su identidad en los códigos de su clase, pero ironiza y critica esa visión del mundo: “el ambiente complacido en sí mismo, y superficialmente refinado, en que me había criado” (Oliver, 1995: 331). Con la multiplicidad de herramientas culturales que su pertenencia de clase le facilitó, arma un relato basado en la coherencia vital, desplazándose de los estereotipos tradicionales de género. En un contexto en el que las mujeres estaban excluidas de la esfera pública y su identidad se definía exclusivamente en relación a la maternidad, no parece tan difícil para Oliver darse voz propia: ella misma relata estas exclusiones y critica los mandatos propios de su clase, tanto para las mujeres como para los varones.

En esta dirección, son particularmente interesantes algunos pasajes: en primer término, Oliver relata que, en su niñez, estando en Europa con su familia, la sorprendió la gran divergencia existente entre el material impreso que circulaba en la época (revistas y periódicos) y la realidad, a partir de un evento específico: el desfile de las sufragistas. En Londres, Oliver esperaba ver en el desfile a las

...mujeres ridículas, horribles, hombrunas, que atacaban con palos, paraguas y piedras a los vigilantes, y cuyas caricaturas llenaban las páginas de cuanta revista ilustrada había caído en mis manos: las sufragistas. [...] Pero no: los

marimachos, que según las revistas pertenecían a otra especie que la de las mujeres elegantes, no aparecían [...]. Las mujeres eran como todas, quizá mejor que todas, porque, fuesen jóvenes o viejas, estuviesen bien o pobremente vestidas, sus caras reflejaban alegría. (Oliver, 1995: 304).

Oliver le preguntó entonces a su padre cuándo aparecerían las sufragistas, y éste le respondió que las sufragistas eran esas mujeres, que las imágenes que aparecían en las revistas eran “caricaturas, nada más” (1995: 305), y que no debía tomar en forma literal lo que aparecía en diarios y revistas. Oliver reflexiona: “Así que los diarios también mentían. ‘¿Qué defenderán con la mentira? ¿Qué ocultarán? ¿Con qué fin engañan?’”, me preguntaba, sintiendo que me fallaba otro asidero” (Oliver, 1995: 305). Su masajista Olga le contestó entonces “Bueno...los diarios pertenecen a los hombres y son escritos por ellos— dijo Olga, aceptando un hecho que a mí me costaba aceptar” (Oliver, 1995: 305). Y así como Oliver se permitía proyectar una identidad femenina que no estuviera fundada en la maternidad y trascendiera los estereotipos de clase y de género, no le resultaba ajena la posibilidad de formar parte del mundo público:

... porque los problemas que debatíamos me ponían en contacto con una realidad concreta, más vasta que la personal o la de mi ambiente, salía de aquellas reuniones con el alma dilatada y con la convicción de que había superado todo prejuicio en cuanto a distintas maneras de pensar. (Oliver, 1969: 351).

Aunque el texto continúa con dudas respecto de esta superación de la cosmovisión que su origen social le legara, la escritora se ubica en un lugar definido de apertura al mundo y de crítica aguda respecto a la estrechez de miras en la que, según ella misma sugiere, podría haberse quedado. Esta posibilidad, esta apertura al mundo, dice Oliver, está presente a partir de la mirada de su padre, no así de su madre, a la cual ubica en un lugar de reproducción acrítica de los mandatos que su clase y género le imponían.

En la misma dirección, plantea que en el momento en que las tropas de Hitler invadieron Rusia, Oliver se encontró con Cora Ratto para proyectar, junto a otras mujeres, formas de conseguir ayuda popular en la lucha contra el nazismo, como lo habían hecho poco tiempo atrás, también juntas, contra el fascismo español durante la guerra civil:

El conflicto mundial adquiriría otro sentido: ahora se lucharía también por la salvación del socialismo. Pero si el final de la guerra iba a tener un significado para nosotras, era nuestro deber redactar una declaración que apelara a todos, aun a los que se oponían al nazismo por sentido conservador. Redactamos el llamado convocando a lo que luego constituiría la “Junta de la Victoria”. (Oliver, 2008: 94).

Aquí se ve la voluntad estratégica de sumar voluntades, aún a quienes luchaban contra Hitler desde las filas conservadoras. De este modo, el arco ideológico era tan amplio como en otras oportunidades:

Al constituirse la ‘Junta de la Victoria’ volvimos a reunirnos las que habíamos pertenecido a la ‘Unión Argentina de Mujeres’ y a la Ayuda a la España Republicana, excepto unas pocas que se rehusaban a actuar con las comunistas (...) La ayuda a todos los que combatían contra el fascismo era popular pero no tanto como la defensa de los derechos civiles de la mujer. (Oliver, 2008: 94).

La función central de Oliver en la Junta de la Victoria tenía que ver precisamente con su actividad de traductora, y no sólo de un idioma a otro, sino también, fundamentalmente, con su especialidad: la traducción de un lenguaje —cultural— a otro:

... [la actividad en la Junta] generalmente se reducía a ejercer mi poliglotismo: ir a hablar con las mujeres de los embajadores o encargados de negocios de los países en guerra, explicarles los fines de nuestra institución, invitarles a visitar la sede y estar presente cuando llegaban [...] Implicaba también, la mayoría de las veces, vencer las reticencias de aquellas a quienes les olía mal eso de ‘ayuda popular’. (Oliver, 2008: 95).

Sus actividades en la Junta también implicaban viajes por las provincias para abrir filiales, redactar llamados y escribir y pronunciar discursos. Oliver cuenta que en uno de los discursos que pronunció en el acto realizado por la Junta a los pocos días de Pearl Harbor

... terminé mi perorata haciendo el voto de que ‘pueda esta gran unión no tener fin’. Expresó un anhelo cuyo cumplimiento me parecía improbable. Diferencias, fricciones, reticencias y desconfianzas se manifestaban a diario, aunque no muy abiertamente. (Oliver, 2008: 97).

En efecto, si bien Oliver registra que esta conjunción vasta y diversa de signos políticos que se agrupaban en la lucha antifascista a través de la Junta de la Victoria era inevitablemente coyuntural, señala un rasgo que ubica “por encima” de las banderas ideológicas:

Las mujeres más activas, las más eficaces, las de mayor iniciativa, fuese cual fuere su ideología, adquirirían autoridad y con ello se sentían más responsables. Así pronto se destacaron Dalila Saslavsky y Elisa Aguilar, ambas divertidamente protestonas y alentadoramente críticas puertas afuera de la Junta. (Oliver, 2008: 94).

Esto que señala Oliver sobre las otras, es lo que ella misma produce a través de su escritura: en la acción intersubjetiva, en la lucha política, dice Oliver desde su presente, se construye la propia voz, y ese proceso es, para las mujeres —hasta hacía muy pocos años despojadas de derechos civiles y todavía sin derechos políticos, pues el relato se sitúa en 1941—, la construcción de su propia autonomía, de una identidad, en este caso, feminista y antifascista.

Poco tiempo después, Oliver es recomendada en Washington para incorporarse en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, precisamente por su trayectoria de luchas contra los fascismos. Allan Dawson, secretario de la Embajada de Estados Unidos era amigo, como Oliver, de Waldo Frank. Por su recomendación —y gracias a las gestiones del etnólogo suizo Alfred Métraux, residente entonces en Washington y amigo de Oliver⁴— el profesor universitario y ex-diplomático boliviano Luis Saslavsky fue a ver a Oliver y le propuso formar parte de la Oficina que estaban armando:

[Saslavsky] me entera de que sobre este asunto ha hablado mucho con el vicepresidente Wallace y que se está considerando el proyecto de formar un organismo en el cual —sin injerencia del Departamento de Estado— norte y sudamericanos coordinemos nuestros esfuerzos para ganar la guerra. Funcionará en Washington D. C. mientras dure la guerra; Nelson Rockefeller será el principal asesor junto con otros, y habrá consejeros de los demás países de América. Sólo podrán serlo antifascistas probados, me advierte, y me invita a trabajar con ellos.

—Cómo sabe que lo soy?

—Qué? *A proveed antifascist*, como dicen allá? Conozco su posición en la guerra de España...y me doy cuenta de que usted huele el fascismo sea cual sea el disfraz que adopte. (Oliver, 2008: 104).

Luego, por el camino de su (auto)justificación, Oliver insiste en el perfil “progresista” de la política proyectada por el vicepresidente Wallace en esos años, citando para ello las palabras que había expresado su amigo Waldo Frank en una de sus conferencias en el teatro Politeama, como un

... adalid de la nueva corriente ‘progresista’ que iba abriéndose paso bajo los gobiernos de Roosevelt [...] y, ahora, vicepresidente de los Estados Unidos en guerra, ponía todo su empeño en establecer sobre bases nuevas, y más sinceras, tanto el entendimiento con la Unión Soviética como las relaciones con América Latina. (Oliver, 2008: 145).

4. Según se desprende de una carta de Métraux a Oliver fechada el 23 de diciembre de 1941 (Fernández Bravo, 2008: 21), éste sugiere su recomendación por encima de la de Victoria Ocampo, cuyo nombre también era factible para el trabajo de asesora cultural que desarrollaría Oliver.

Pero también, Oliver acentúa —en la línea de la izquierda bienpensante, dirá luego Viñas— algunas dudas: “Me parece absurdo que mi contribución a la lucha contra Hitler tenga que darla en un país racista” (Oliver, 2008: 151), aunque luego aclara que no es el caso de sus amigos norteamericanos ni de sus compañeros de trabajo en Washington. Hay una ambivalencia en su relato, entre el énfasis en el carácter esperanzador de la *progressive Administration* (*sic*) y las posibilidades concretas de relaciones democráticas entre Estados Unidos y América Latina. Este vaivén se vincula con la desilusión posterior producida por la política exterior de Estados Unidos en América Latina, particularmente a partir de las gestiones de Spruille Braden en 1945: “En cuanto a la ‘política del buen vecino’, los de la Administración parecen dispuestos a ponerla en práctica. Aunque menos convencidos, los numerosos latinoamericanos que voy conociendo tampoco descartan la posibilidad de un cambio”. (Oliver, 2008: 151).

La ambivalencia se destaca en el tercer tomo de su autobiografía, en múltiples pasajes:

... por estos amigos o compañeros de tarea, sabía también que para un sector muy poderoso la finalidad de la guerra era mantener un *statu quo* en el cual se afianzaría y crecería la supremacía política y económica de los Estados Unidos, representados y regidos por los *cartels* internacionales [...] Contra este designio, que por supuesto no se proclamaba en público, solían alzar su voz algunos intelectuales, sociólogos y políticos... (Oliver, 2008: 181).

En este ir y venir, Oliver plantea con franqueza preguntas que deja abiertas las contradicciones más incómodas: “¿se considerarían a sí mismos nazis los norteamericanos a quienes ni aún la muerte inminente les mitigaba el racismo?” (Oliver, 2008: 250). Luego, en una manifestación realizada en Buenos Aires el 12 de octubre de 1945 reclamando al gobierno militar la realización de elecciones libres, Oliver se interroga: “¿Advertirán la ausencia del elemento de base los médicos y abogados comunistas que deambulan de grupo en grupo?” (Oliver, 2008: 408).

4.—*A modo de síntesis*

Feminista y antifascista, Oliver puede dialogar con diversas figuras de la política norteamericana, sin negar sus convicciones, y a la vez, sin desacreditar a quien tiene enfrente, aún cuando hay diferencias ideológicas significativas. Su relato vuelve una y otra vez sobre su rol central en el anudamiento de relaciones culturales diversas —de diversas naciones, clases sociales y géneros—. En un pasaje del tercer tomo, relata su encuentro con Eleanor Roosevelt, esposa del presidente:

... me preguntó cuándo y cómo había empezado a interesarme activamente en política. Me referí al grupo que, en 1934, organizó una campaña en defensa de los derechos legales y políticos de la mujer y a quienes lo integraban. Al respecto, se interesó en saber si me resultaba difícil colaborar con las comunistas. Le dije que sí pero no por diferencias ideológicas sino tácticas... (Oliver, 2008: 243 y 244).

Oliver arma un relato de sí misma como reflejo ajustado de su experiencia vital, es decir, con un sesgo testimonial como señalé anteriormente, y le adjudica a la niña Oliver la mirada crítica que se continuaría en la adulta, en la que se define marxista y escribe sus recuerdos. Construye de este modo una identidad única, lineal, centrada, que busca explicar(se): “Ahora, al hilar mis recuerdos, quizá pueda entender por qué (...)” (Oliver, 2008: 346). Este hilado que nombra Oliver va resultando en su propia identidad, como escritora, mujer, feminista, antifascista.

Como señalé anteriormente, es factible interpretar la escritura de su autobiografía, la narración de sí misma, como un acto de resistencia frente a la exclusión, es decir, frente al hecho de ser narrada por otros. Frente a la exclusión/subordinación de las mujeres en la esfera pública, Oliver integra en una misma estrategia la aceptación del lugar asignado por su familia, con una posición pública de antagonismo frente a los criterios de respetabilidad dictados por su clase social y para su sexo. Esta combinación de aceptación y enfrentamiento está en la base, al decir de Josefina Ludmer (1984), de todas las tácticas de resistencia. De este modo, Oliver (se) construye una identidad resistente a dichos mandatos.

Asimismo, los límites que la sociedad patriarcal establece para el ejercicio de determinados derechos según el sexo, y la consiguiente exclusión/subordinación de las mujeres en la esfera pública, son cuestionados por Oliver: por un lado, a través de la publicación del relato de la “intimidad”, dándose su propia voz, y por otro a través de una presencia en la esfera pública, que le permite construir lazos políticos, y en esa vinculación política va tejiendo un “mundo” que, parafraseando el título de su primer tomo, excede “la casa”. A través de estas diversas formas, se posiciona desde la esfera pública para “desbrozar el camino” (Oliver, 1969: 361) hacia la producción de una ciudadanía que incluya a las/os que, según su relato, desde pequeña registra como excluidas/os y/o subordinadas/os de un orden social al que caracteriza como “despiadado y fratricida” (Oliver, 1969: 364).

Pero además, para las mujeres no se trataba sólo de *ejercer* la libertad de luchar por sus derechos, de narrarse a sí mismas y darse voz propia, sino, antes bien, de *conquistar* una libertad que les estaba vedada por ley. Esa conquista, de la cual da cuenta el relato de Oliver, se vincula con una apuesta por la autonomía y la emancipación humana, tarea intrínsecamente

intersubjetiva. En su particular momento histórico, Oliver traduce esa apuesta en el relato de sus luchas contra los fascismos, y, más ampliamente, contra todas las formas de autoritarismo y discriminación que va registrando en el camino de “hilado” de sus recuerdos. En este sentido, en su cosmovisión, la lucha contra los fascismos español y alemán es inescindible de sus luchas como feminista contra un orden injusto —dedica numerosas páginas a señalar su asombro frente al hecho de que las condiciones de vida de las mujeres norteamericanas eran profundamente más difíciles que las de sus compañeros varones, aún pertenecientes a la misma clase social—. En su relato, esos combates se yuxtaponen a su lucha en pos de un orden social y económico más justo, y por eso se define marxista y comunista, aún cuando también expresa sus diferencias “tácticas” con sus compañeras/os de filas:

Partidaria de una sociedad sin clases, la frase de Perón ‘tiene que haber menos pobres y menos ricos’ no me impresiona; el ‘menos’ es cuestión de grados: hay que suprimir la pobreza, no mitigarla. Hitler, Mussolini y hasta la Falange de Franco habían enarbolado estos paños tibios en su lucha a muerte contra los únicos que preconizan una total distribución de la riqueza: los comunistas. (Oliver, 2008: 405).

En síntesis, se puede plantear que en su autobiografía hay una imbricación intrínseca entre las tres dimensiones de las luchas que relata con agudeza y sin concesiones. En este sentido, si bien se ha señalado que la autobiografía de Oliver está “anclada en una visión instrumental del género [autobiográfico]” (Catelli, 2007: 191), a su vez, documenta formas de autorepresentación de las mujeres que, por su procedencia de clase, contaban con herramientas simbólicas que les permitían desplazarse de lo que se esperaba socialmente que debía “ser” una mujer. La autobiografía de Oliver podría ser una forma de elaborar estas contradicciones, a partir de las luchas por la inclusión de las mujeres en una sociedad que las excluía de los derechos civiles y políticos.

Asimismo, las luchas antifascistas relatadas por Oliver constituyen un ejercicio de la política, por parte de las mujeres, en la esfera pública. Este ejercicio es en sí mismo un acto de afirmación identitaria, pues contribuye a proyectar sus voces más allá del espacio doméstico, y a escribir sus propias historias. Se trata así de la resignificación que pudieron desplegar algunas mujeres acerca de las representaciones hegemónicas que afirman su dependencia a los varones, a través de una combinación de estrategias de negociación, impugnación y resistencia.

Sin embargo, como hemos visto, Oliver intenta representar lo más fielmente posible los hechos, bajo la ilusión de referencia, respetando siempre el pacto autobiográfico (Lejeune, 1994). Es decir que la escritora trabaja desde una idea referencial del género autobiográfico, por lo cual escribe bajo los

códigos de legitimación dominantes, que postulan la mayor correspondencia posible entre la narración de su propia vida y los hechos vividos. En otros términos, la fidelidad a su época es visible efectivamente allí donde la escritora Oliver quería: en esa búsqueda de correspondencia entre su relato y los hechos narrados, pero no porque exista mayor o menor correspondencia entre ambos registros —ese análisis no es objeto del presente trabajo—, sino por la misma pretensión de correspondencia, como forma de acreditar la realidad de lo histórico. Es allí, en esa reproducción del modo representacional hegemónico en el momento de la escritura autobiográfica, en donde Oliver permanece “fiel” a su época histórica.

5.—Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis (1988): *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires, ed. Nueva Visión.
- ARFUCH, Leonor (2013): *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BARTHES, Roland (1994): *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Paidós.
- BARRANCOS, Dora (1996): *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores (1890-1930)*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- BECERRA, Marina (2009): *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino. Enrique Del Valle Iberlucea*. Rosario, Prohistoria Ediciones.
- BERTÚA, Paula (2011): “María Rosa Oliver: desde las páginas de *Sur* hacia el país del norte. Apuntes de crítica cultural de una viajera en tránsito”. Ponencia presentada en: *Congreso Internacional Literatura, Arte, Crítica e Industrias Culturales en el Mercosur*. Centro Cultural Francisco Paco Urondo, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- CATELLI, Nora (2007): *En la era de la intimidación*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- DE MAN, Paul (1991): “La autobiografía como desfiguración”. En *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Barcelona, Ed. Anthropos, Suplementos 29, pp. 113-118.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (2008): “Introducción”. En Oliver, María Rosa: *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- HOBBSAWM, E. (1977): “As classes operárias inglesas e a cultura desde os princípios da revolução industrial”. En *Níveis de Cultura e grupos sociais*. Lisboa, Ed. Cosmos, pp. 239-252.
- LEJEUNE, Philippe (1994): *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid, Megazul, España.
- LUDMER, Josefina (1984): “Tretas del débil”. En Patricia González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras, Ediciones Huracán, pp. 47-55.
- MOLLOY, Sylvia (2001): *Acto de presencia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (2006): “Identidades textuales femeninas: estrategias de autfiguración”. En *Mora*, Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, n.º 12, pp. 68-86.
- OLIVER, María Rosa (1995): *Mundo, mi casa*. Buenos Aires, Ediciones de La Flor.
- (1969): *La vida cotidiana*. Buenos Aires, Sudamericana.
- (2008): *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

- PIERINI, Margarita (2004): “El viaje como iniciación en las memorias de María Rosa Oliver”. En *Espacio, viajes y viajeros en la literatura latinoamericana*. México, ed. Luz Elena Zamudio, Ed. Aldous/UAM-I, pp. 122-138.
- PRIETO, Adolfo (2003): *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, Eudeba.
- SYMINGTON, Alison (2004): “Interseccionalidad: una herramienta para la justicia de género y la justicia económica”. En *Derechos de las mujeres y cambio económico*, n.º 9, Canadá, Awid, agosto. <http://www.awid.org/esl/Library/Interseccionalidad-una-herramienta-para-la-justicia-de-genero-y-la-justicia-economica>. Consultado el 4 de febrero de 2015.
- VIÑAS, David (1998): *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.